

El huerto de papá  
(Premio Juan Torres Grueso)

Pedro VÍllora

PADRE: Es hora de irme. Sólo vengo a despedirme.

HIJO: ¿Ya? ¿Tan pronto?

PADRE: Es lo que hay.

HIJO: Pero aún me quedan cosas por saber.

PADRE: ¿Por ejemplo?

HIJO: Los tomates.

PADRE: ¿Qué le pasa a los tomates?

HIJO: No sé nada acerca de ellos. Cuándo hay que plantarlos, qué cuidados necesitan, cuál es la mejor época para la recolección...

PADRE: Te lo he dicho mil veces. Conviene que en diciembre prepares el semillero y en marzo comiences a plantar, pero no pongas todos a la vez. Es mejor que los vayas escalonando hasta finales de mayo. Así tendrás los primeros tomates en junio y todavía en octubre podrás seguir recogiendo algunos.

HIJO: ¿Pero no había que hacer no sé qué con los tomates de otoño?

PADRE: Cuando empieza a hacer frío no hay posibilidad de que maduren en la planta, por eso tienes que cortar las ramas y colgarlos en la cámara, cerca de la ventana, para que reciban luz y tengan algo de calor.

HIJO: No me acuerdo cuánto tiempo pasaba hasta que ya están maduros.

PADRE: Más que maduros yo diría colorados. Y los puedes tener dos semanas, o incluso tres, antes de que los descuelgues.

HIJO: Pero están mejor los que maduran al sol.

PADRE: Sin duda... ¿Alguna cosa más sobre los tomates?

HIJO: No. Creo que no.

PADRE: Entonces me voy.

HIJO: Espera...

PADRE: ¿Sí?

HIJO: No sé qué hacer con las patatas. ¿Hay que replantar con lo que ha quedado de la cosecha anterior o debo comprar tubérculos nuevos?

PADRE: Yo prefiero mezclarlos, pero tú puedes hacer lo que quieras.

HIJO: Y si son muy grandes, ¿los parto o no?

PADRE: Los partes, desde luego, pero siempre que cada una de las yemas tenga un trozo de patata lo bastante grande como para alimentarse hasta que nazca la planta.

HIJO: Entiendo. Lo que no sé es cuánto las debo regar.

PADRE: Ni mucho ni poco, pero mejor menos que más.

HIJO: Porque se pudren.

PADRE: Eso, o les nacen yemas antes de tiempo.

HIJO: Complicado hallarle el punto.

PADRE: Nadie ha dicho que sea fácil.

HIJO: Para ti lo es.

PADRE: Cuestión de práctica. Prueba y error. Si un año te sale mal, te preguntas en qué te has equivocado y procuras no repetir los mismos fallos al año siguiente.

HIJO: Supongo que con las cebollas pasa igual que con las patatas.

PADRE: Justo. Y también con los ajos. Cuanta más agua tengan, peor saldrán. No hay que regarlos salvo que las hojas se pongan amarillentas, y ni aun entonces.

HIJO: ¿Y si no hay lluvia suficiente?

PADRE: Pues escarda y airea el terreno. ¿Para qué crees que se han hecho las azadas?

HIJO: Azadas, palas, rastrillos, horcones, legonas, escabillos...

PADRE: Tienes de todo en el cuartucho de las herramientas. Mangueras de varios tamaños, una carretilla, tijeras de podar y de cortar sarmientos...

HIJO: Y espuestas.

PADRE: De goma y de plástico. Pequeñas para cargar tierra y grandes para vendimiar. Una máquina de sulfatar, un rastrillo, montones de bolsas de papel para proteger las uvas de la parra, un harnero, alambre, trozos de malla, esparto para atar las lechugas y que no espiguen, cuchillos para cortar los calabacines: ni se te ocurra arrancarlos con las manos...

HIJO: Sólo hay guantes de tu tamaño. Mis manos son más pequeñas.

PADRE: Pues te vas a la ferretería y te compras unos. Diles que eres mi hijo y te harán un precio.

HIJO: No quiero que te vayas, papá.

PADRE: No hay más remedio.

HIJO: No quiero que te mueras.

*(Pausa)*

PADRE: Con los tomates, las patatas y las cebollas no tendrás ningún problema. Acuérdate de dejar los pimientos sin regar al menos dos días antes de cogerlos, y una semana en el caso de los melones, lo mismo que las sandías. Las zanahorias, en cambio, las riegas para que la tierra esté blanda y puedas sacarlas sin problemas y sin quedarte con las hojas en la mano. Conviene que los pimientos estén maduros y la planta casi seca, pero a los melones debe faltarles un punto para que maduren. Así durarán más fuera de la planta.

HIJO: No sé nada del huerto, papá.

PADRE: Sabes más de lo que crees. Me has ayudado muchas veces.

HIJO: Por pura obligación, con desgana.

PADRE: Te he dicho lo que tenías que hacer, y lo has hecho.

HIJO: Pero me has regañado cuando lo hacía mal o remoloneaba, que era casi siempre.

PADRE: Y al final lo hacías.

HIJO: Porque era mi deber, no por que me gustase.

PADRE: Trabajando conmigo has debido de aprender.

HIJO: Nunca puse suficiente atención y ahora no recuerdo nada.

PADRE: Puedes vender el huerto, si quieres.

HIJO: No es esa mi intención. Prefiero conservarlo.

PADRE: No lo necesitas para vivir, no estás obligado a cultivarlo.

HIJO: ¿Y dejar que se lo coman las malas hierbas? No.

PADRE: Entonces, ¿qué es lo que quieres?

HIJO: Quiero que te quedes conmigo, ser pequeño otra vez, venir contigo los fines de semana, cuando ya no hay escuela. Quiero que me digas por qué no hay que poner frutales cerca de las legumbres, por qué no se deben sembrar puerros donde antes ha habido patatas, cuántos años hay que esperar antes de cosechar espárragos. Quiero ayudarte a recoger aceituna, a partir almendras, a echarle pienso a los palomos. Quiero estar tan orgulloso como tú de los tomates que saben a tomate. Quiero llevarle a mamá una rama de laurel y un manojo grande de perejil. Quiero estar a tu lado y darle a la llave del pozo cuando tú me lo digas para regar. Quiero manejar la azada sin que se me salte la piel de las manos, como a ti. Quiero que me enseñes a hacer que las cosas crezcan, a conocer los ciclos, a respetar la tierra. Quiero aprovechar todo el tiempo que he pasado y he perdido en el huerto junto a ti.

*(Pausa)*

PADRE: Hijo...

HIJO: Lo sé, lo sé. No digas nada. Debes irte ya. Te estarán esperando.

PADRE: Sé que lo harás muy bien.

HIJO: Ojalá estuviese tan seguro. Adiós, papá. Te echaré de menos.

PADRE: Adiós, hijo mío.

HIJO: Sólo una cosa más...

PADRE: ¿Sí?

HIJO: No sé nada de espinacas. ¿Cuándo...?